

Luis Angel de Apráiz y Oar, presentó el día 20 de Abril de 1983, su trabajo de ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

El acto tuvo lugar en los Salones Luis de Ajuria. El trabajo versó sobre el tema: «CIEN AÑOS DE LA VIDA VITORIANA» (1883-1983)

Presentó al nuevo Socio de Número, D. Venancio del Val, siéndole impuesta al Sr. de Apráiz Oar, la Medalla de la Sociedad por el Presidente de la Comisión de Alava, D. José Manuel López de Juan Abad.

Presentación que hace Venancio del Val del nuevo Socio, Luis Angel de Apraiz y Oar.

Este que aquí veis, sentado en esta mesa, con los atributos distintivos de nuestra Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, es Luis Angel de Apraiz y Oar.

Porque le conocéis, no necesita presentación personal.

A mí me corresponde hacerla para acreditar sus merecimientos a ser admitido y convencido de lo justo de su ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Cien años de la vida vitoriana (1883 - 1983)

Es bien digno de suceder a su padre Emilio, cuando de él le ha recibido, no sé si la herencia, pero sí la esencia suya, participando de sus afectos y aficiones, dotes y cualidades. En lo profesional, desde luego, también en lo devocional y vocacional, como una extensión es Luis Angel de nuestro buen y recordado amigo Emilio.

Y no es que la memoria de este premio a su descendiente, puesto que Luis Angel posee méritos propios, y uno principal es el de haber captado y reflejado con tanta fidelidad, superior al del pasado físico de padres e hijos, aquel carácter que a Emilio de Apraiz distinguía, conformando su personalidad.

Luis Angel de Apraiz, al menos de doctor arquitecto, como su padre, es, como su padre, un ferviente amante de nuestra país, y en particular de esta bendita tierra, tan singular, que se llama Alava y Vitoria. De ello, uno y otro, nos han dado patentes testimonios. En las mismas actuaciones profesionales y al margen de las mismas.

Presentación que hace Venancio del Val del nuevo Socio, Luis Angel de Apraiz y Oar.

Este que aquí veis, sentado en esta mesa, sin los atributos distintivos de nuestra Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, es Luis Angel de Apraiz y Oar.

Porque le conocéis, no necesita presentación personal.

A mí me corresponde hacerla para acreditar sus merecimientos a ser admitido, como socio de número, en la Bascongada. Y lo hago, no solamente para cumplir un acto disciplinario y un rito, sino con verdadera complacencia, convencido de lo justo de la admisión de Luis Angel de Apraiz entre los Amigos del País.

Es bien digno de suceder a su padre Emilio, cuando de éste ha recibido, no sé si la herencia, pero sí la esencia suya, participando de sus afectos y aficiones, dotes y cualidades. En lo profesional, desde luego; también en lo devocional y vocacional, como una extensión en Luis Angel de nuestro buen y recordado amigo Emilio.

Y no es que la memoria de éste proteja a su descendiente, puesto que Luis Angel posee méritos propios, y uno principal es el de haber captado y reflejado con tanta fidelidad, superior al del parecido físico de padres e hijos, aquel carácter que a Emilio de Apraiz distinguió, conformando su personalidad.

Luis Angel de Apraiz, además de doctor arquitecto, como su padre, es, como su padre, un ferviente amador de nuestro país, y en particular de esta bendita tierra, tan singular, que se llama Alava y Vitoria. De ello, uno y otro, nos han dado patentes testimonios. En sus mismas actuaciones profesionales y al margen de las mismas.

Yo me satisfago de la amistad que gocé con Emilio de Apraiz y de la que tengo con su hijo Luis Angel. Suscitada precisamente por el común amor a nuestro pueblo y por la expansión del afecto al mismo en el tratamiento divulgador de temas que se le relacionan.

Constituye también para mí motivo de agrado esta ocasión porque me retrotrae a tiempos ya un tanto distantes, más allá de los quincuagenarios, cuando iniciaba mis actividades literarias, cuyos principios van unidos a los apellidos Apraiz y Oar.

Fue con un Oar, que no era de la familia de los Apraiz, con el que comencé a familiarizarme con el Archivo Municipal, fuente abundosa de la historia vitoriana. Y se dio la circunstancia de que la vacante que en año 1933 dejó Antonio Oar como jefe de dicho archivo, la fue a ocupar un Apraiz, tío de Luis Angel. Con él, con Ricardo de Apraiz, me introduje aún más en los estantes que agrupan los legajos de tanta historia de nuestra ciudad. Para entonces ya me unía amistad con Ricardo de Apraiz, nacida en la redacción del «Heraldo Alavés», donde también él cultivaba los temas locales y comenzaba a acreditar su pseudónimo «Licenciado Rompelanzas», como revistero de toros, en cuya función le fui a sustituir unos años después, aunque no con tanto prestigio. Mientras que a él le había antecedido otro, que sí que lo tenía, y también de señalada familia vitoriana: Joaquín Bellsolá, «Relance».

Y en estas coincidencias fue a aparecer otra: la de la afición y, aún, dedicación musical. Joaquín Bellsolá solía intervenir como bajo cantante en conciertos de la Filarmónica Vitoriana, y creo que en alguna agrupación coral; Ricardo de Apraiz era un buen diletante musical (por él conocí la canción india de la ópera «Sacko», que le entusiasmaba); no le desprecupaba la música a su hermano Emilio, ni tampoco a Luis Angel, del que me consta que es un entusiasta melómano. Alguna otra relación me viene a la memoria por la que se empareja mi iniciación musical con un miembro de la familia Oar.

Luis Angel de Apraiz, como su padre Emilio, ha hecho un maridaje o simbiosis entre su profesión de arquitecto y su condición de vitoriano. Tanto es una cosa como otra, sin separación. No podría ejercer la arquitectura, al menos en Vitoria, prescindiendo de su carácter de vitoriano, como tampoco pensar, sentir y actuar en vitoriano olvidando la arquitectura. Al fin y al cabo las ciudades se componen también de alma y cuerpo, de materia y espíritu, de sus casas y de sus cosas. Los Apraiz, además de hacer arquitectura vitoriana, han planeado unas veces y otras han orientado o juzgado la ciudad en su construcción humana e histórica, con sentido urbanístico. Y es que los edificios no se pueden levantar aisladamente, prescindiendo de los hombres que los habitan o rodean su

entorno. Vitoria, que se ha distinguido en su belleza por la armonía y el equilibrio, lo mismo en su construcción arquitectónica y en su trazado urbanístico, como en el carácter de sus hombres, ha sido admirada por sus casas discretas y por la templanza de su arquitectura. Los Apraiz han sido fieles a ese Vitoria porque le han tenido un gran cariño, que es lo que hace las cosas buenas.

Luis Angel de Apraiz, en su disertación «Cien años de la vida vitoriana», nos hablará de aspectos que ya ha tocado en algunas publicaciones vitorianas, como pueden ser las revistas «Vida vasca» y «Celedón», el «Boletín municipal» u otras. Recordando unas veces el Vitoria que fue y, otras, ofreciendo sugerencias para que nuestra ciudad siga siendo ejemplar. Nos hablará de planificación urbanística, de restauraciones de edificios y de destrucciones y conservaciones, de cultura y de política, de espectáculos y de deportes. Porque creo que de todo ello sabe, bien porque lo ha vivido o porque sobre ello se ha informado; que buena fuente ha tenido en sus antecedentes paternos.

Yo recuerdo algunos trabajos suyos. De cuando Vitoria era la «Atenas del Norte», de las tertulias vitorianas, del viejo anecdotario electoral, de la plaza de Santo Domingo y su entorno, de aviación y de autobuses, de la restauración del viejo Vitoria, del carácter vasco a través de su anecdotario, de algunos arquitectos maestros como Justo Antonio de Olaguibel y Martín de Saracibar, de diversos retazos de Vitoria. En tono, manifestándose como un entusiasta amigo del País.

Siguiendo la línea de su padre —siempre hay que hacer mención a Emilio— Luis Angel ha defendido la conservación del buen aspecto de Vitoria y ha aventurado posturas que luego han sido adoptadas, pasando de los planes a la realidad. Así, en el año 1976, abogaba porque la carretera de circunvalación no separara el casco antiguo de los polígonos nuevos y pedía que el polígono 2 constituyera una unidad con el de Lacua. Como sostenía la conservación del edificio del antiguo Instituto de Enseñanza que, además de preservar de vientos al parque de la Florida, era más defendible que los también discutidos edificios, por fin desaparecidos, de las viejas Plazas de Abastos y cárcel.

El ha recordado la loable labor de restauración que hiciera su padre, a partir del año 1931, hace ya más de medio siglo, comenzando por la casa que se encuentra entre las calles de la Zapatería y la Correría que, blanqueada en su fábrica de ladrillo, figuraba unas horribles impostas de sillería. A cuya restauración siguieron la de casi enfrente, entre la Correría y la calle de Santo Domingo, «El Portalón», la Casa Armera entre la misma calle de la Correría y la de Chuiquita, la Torre de Doña Ochanda, el Palacio de los Alava, el de los Escoriaza-Esquibel y las antiguas murallas en las inmediaciones suyas.

Pero Luis Angel veía que la labor, que tanto ha influido en la conservación y dignificación del casco antiguo o medieval de Vitoria, no se hallaba terminada, como merecía serlo. Y, reproduciendo nuevamente sugerencias de su padre, reclamaba la realización de obras que afortunadamente hemos visto que luego se han acometido y que actualmente se encuentran en vías de realización. La apertura de una plazuela frente a «El Portalón», con la restauración de la Torre de los Anda, que permitirá formar un conjunto delicioso entre ambos monumentos y la casa donde se encuentra el Museo de Arqueología. Como merecía atención el palacio de Villa Suso, que tantos años ha permanecido descuidado, la plaza del Machete y la plaza posterior o de poniente del trozo de muralla que ahora mira por oriente al patio ajardinado del Palacio de los Escoriaza Esquibel. Aspecto éste que todavía no ha sido tomado en cuenta, como tampoco la restauración del palacio de Bendaña, considerado por Apraiz como el primer plateresco de la provincia. Sí, en cambio, llevada a cabo otra restauración: la de la ermita de San Martín.

Este interés por las cosas de Vitoria, nacido de su gran cariño hacia ella, ha sido distintivo de Luis Angel de Apraiz, que tan bien ha sabido aprovechar las lecciones y orientaciones que recibiera en su línea profesional y vitoriana. Con lo que ha mostrado una gran fidelidad a su predecesores, manteniendo con tanta dignidad el comportamiento que cuatro generaciones de Apraiz, en sus varias ramas, han seguido, distinguiéndose en sus servicios al País Vasco, y en particular a Vitoria y Alava.

Desde hace siglo y medio en que se estableció el primer Apraiz en Vitoria, encontramos una galería hermosa y honrosa de hombres que se han distinguido en esta ciudad en sus diversas actividades. Principalmente en relación con las letras; pero también en la Arquitectura, en la Medicina, en la Ingeniería, en la Enseñanza y aún en el claustro conventual algunas Apraiz en la rama femenina. En la persona de Luis Angel, y puesto que de tantos Apraiz ha tomado la savia que ha determinado su inclinación y su afición, quisiera rendirles tributo de homenaje. Creo que el recuerdo bien merecido que se les guarda en Vitoria, con la denominación de una de sus calles a uno de ellos, pudiera extenderse a todos y llamarse calle de los Apraiz, en general.

Quiero recordar a los principales. Sin menospreciar el gran prestigio profesional de otros Apraiz.

El primero que aparece instalado en Vitoria, procedente de Vizcaya, Saturnino Apraiz y Endeiza, que debió llegar en calidad de funcionario y continuó el comercio de importación de azúcar y cacao, que llevaba la familia de su esposa. Bien pronto de troncó con los vitorianos, pues a los pocos años de su estancia

aquí aparece con cargo, entre los años 1847 al 82, en la Cofradía de la Virgen Blanca. De esta devoción, sobre cuyo origen escribiría luego su nieto Angel, encontraría antecedentes directos en un antepasado de su esposa, José Beltrán de Salazar, donante de un famoso legado filipino a favor de nuestra Patrona, a principios del siglo XVII.

Hijos del tal Saturnino fueron Ramón, Julián y Odón Apraiz y Saenz del Burgo. Ramón a creditado doctor en medicina, que fue distinguido por su agradable trato y su profundo saber, su asistencia gratuita y asidua a los enfermos pobres, director del establecimiento de baños de Nancrales de la Oca, sobre cuyas aguas realizó interesantes estudios, así como sobre la enfermedad variolosa, director de la Revista Médica Vasco-Navarra y que también se ocupó del examen médico del tristemente célebra Juan Díaz de Garayo, «El Sacamantecas». Julián, posiblemente el más afamado, en especial por sus actividades literarias y, dentro de éstas, como destacado cervantista; catedrático de Retórica y Poética y de lengua griega en la Universidad Libre de Vitoria y en los Institutos de esta ciudad y de Madrid, de la Academia Cervántica Española, de la de Ciencias de la Observación y de la Tertulia del 73; políticamente, presidente de la Asociación Liberal Fuerista. Odón, también doctor en Filosofía, académico de la Historia, diputado provincial, alcalde de Vitoria en 1883 y 1894, director de «El Anunciador Vitoriano», conferenciante, director vitalicio de la Caja de Ahorros Municipal, organizador de la famosa Exposición Industrial de 1884 y fundador de la Asociación de Socorros Mutuos domiciliarios; además de industrial, con la adquisición de la fábrica de hebillas y participante en la «Ferroníquel vitoriana».

Hijos de Julián Apraiz y Saenz del Burgo fueron, entre otros, su omónimo, primer Apraiz arquitecto, uno de los autores de nuestra Catedral nueva, y Saturnino. Este, licenciado en Filosofía y Letras y Derecho, catedrático de latín en los Institutos de Bilbao y Vitoria, concejal del Ayuntamiento vitoriano en la primera corporación republicana de 1931.

De Odón Apraiz y Saenz del Burdo fueron hijos, además de cuatro chicas, otros cinco, que hemos llegado a conocer personalmente; uno de ellos, de su mismo nombre, al que todavía tenemos la satisfacción de contar entre nosotros: catedrático de historia y geografía en varios Institutos, miembro de la Academia de la Lengua Vasca y amigo honorario de nuestra Real Sociedad Vascongada, historiador y publicista y destacado filólogo, especialmente como euskereólogo. Hermanos suyos fueron: Angel, también catedrático de teoría de la Literatura, de las Artes y de la Historia del Arte en varias Universidades, promotor de los Congresos de Estudios Vascos y de los cursos de la Universidad de Valladolid en Vitoria, además de fecundo tratadista de temas de su especiali-

dad profesional, de historia vasca y alavesa. Luis, doctor en medicina. Ricardo, al que ya he aludido antes: catedrático en los Institutos de Oñate y de Soria, director en ésta de su Museo Numantino, archivero del Ayuntamiento vitoriano, revistero taurino y articulista, principalmente de temas de arte e historia vitoriana. Emilio, el padre de Luis Angel que, como arquitecto tiene en su haber interesantes proyectos técnicos de arquitectura doméstica y civil, entre ésta, varios edificios escolares; y, sobre todo, autor de las primeras restauraciones de nuestro casco viejo vitoriano, que han permitido el movimiento actual para la conservación de su carácter, y por una de cuyas primeras fue distinguido con el primer premio «Olaguibel». Como ya dije al principio, señalando su continuidad en su hijo, en su obra estuvo sensibilizado con su identidad vitoriana, mirando desde esta perspectiva sus realizaciones profesionales que, cuando era preciso, las relacionaba con el urbanismo, tan vinculado a la arquitectura. En este aspecto, hace 20 años, propugnaba por lo que luego se ha hecho, o está a punto de culminarse; la previa acometida de un plan de ensanche que permitiera a Vitoria ser liberada del cinturón de los ferrocarriles, el aligeramiento del tránsito de vehículos pesados por las calles céntricas, la prolongación de las principales de éstas y reducción de espacios muertos en el interior de las grandes manzanas. En los últimos 25 años de su vida se dio a conocer como notable conferenciante, casi exclusivamente sobre temas vitorianos, siempre con la inclusión de amenas anécdotas. Y en el mismo tiempo con la publicación de profusos artículos en periódicos y revistas.

He querido hacer esta referencia a los antecedentes familiares de Luis Angel de Apraiz, en sus miembros más destacados, porque lo he estimado de justicia, y para incluir en esa galería a nuestro nuevo socio y apreciar la influencia que en él han podido ejercer.

Antecedentes que, además de los de orden profesional, de aficiones o afectos, los llega a tener hasta en el aspecto deportivo; pues no ha de olvidarse, además de haber sido en la juventud su padre excelente montañero y luego uno de los fundadores, y posteriormente presidente de la Excursionista «Manuel Iradier», que su tío Luis fue preolímpico para la Olimpiada de París el año 1924; que su hermano José Antonio fue decatlón, o atleta completo, y que él mismo ha sido campeón atlético.

También en esta actividad Luis Angel de Apraiz, al honrar con ello a su país, se ha distinguido como buen amigo suyo, pues lo son verdaderamente quienes en todas las manifestaciones de su vida así lo prestigian.

Con estos antecedentes Luis Angel de Apraiz y Oar ingresa como socio de número en nuestra Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Que en

sus atenciones iniciales hacia todo aquello que pudiera ser provechoso y útil para el País incluyó también la arquitectura. Fue precisamente en una de sus primeras Juntas Generales, que se celebraba en estos mismos días del mes de abril en Vitoria, donde se daba cuenta de un detenido, preciso y precioso «Tratado de Arquitectura» que, basándose en el de Marco Vitrubio, arquitecto romano del siglo primero, se ocupaba de la comodidad de la casa, observando que procede de su distribución exterior e interior, y de su conservación. En dicho Tratado se hacía referencia a cuanto concierne a la construcción doméstica, con orientaciones respecto a cada uno de los elementos componentes, a materiales, a situación, etc., teniendo en cuenta que los edificios se construyen para ser habitados y sólo en razón de su comodidad pueden ser habitables. Estudiaba tres cosas como componentes de la comodidad de un edificio: situación, distribución y comunicaciones. Consideraba la magnitud y género de edificaciones, así como hacía distinción de las clases de habitaciones, clasificándolas en de sociedad, de ostentación y de retiro, y según las necesidades de los ocupantes, teniendo en cuenta que eran unas las de los magistrados, otras las de los abogados, los mercaderes o las gentes del campo. En cuanto a las gentes del pueblo se decía que habrían de tener en sus alojamientos lo que necesiten para vivir con decencia y abrigo. Como asimismo señalaba la precisión de que cada país tuviera su arquitectura particular, haciendo principal referencia a las condiciones geográficas y climatológicas.

En la recapitulación del Tratado nuestro amigos de hace dos siglos señalaban la solidez, la comodidad y la hermosura como tres hermanas que concurren a favor del arte de la arquitectura, y decían: «Por lo dicho hasta ahora podrá el arquitecto o maestro de obra inferir que su fábrica será tan sólida como las famosas pirámides de Egipto o tan hermosa y adornada como el palacio de los Augustos, pero, si carece de comodidad falta, del todo al principio y objeto para el que se erigió». Y concluían: «si su edificio no es habitable, no es habitación». Y precisaba: «Serán felices los Amigos del País al tiempo mismo que, desahogando su celo por el bien de la Patria y la Nación, lleguen también a llenar el gusto del público».

La Escuela Patriótica que la Bascongada estableció en Vergara decía en la introducción al proyecto de la misma que no solamente habría que cultivar los ramos esenciales de enseñanza general comunes a los colegios y seminarios, sino también todos aquellos que tengan relación más íntima con los intereses del reino y las circunstancias del país, como que su objeto es el de criar ciudadanos y patriotas hábiles de todas clases, formando sujetos hábiles para las carreras y profesiones de inmediata utilidad, entre las que se hallaba la Arquitectura pública.

Pero, además, en las enseñanzas que se proporcionaban se incluían otras menos fundamentales, pero que contribuían a la formación integral de los alumnos y socios, con habilidades como la música, el baile y la esgrima. Y sabido es que las reuniones de los «Amigos» se alternaban con sesiones de música, hacia la que el fundador, Xavier María de Munibe, Conde de Peñafloreda, tanta afición tenía, no solamente como auditor, sino también como autor y ejecutante.

Viene ello a coincidir con las circunstancias de nuestro nuevo socio, en cuya personalidad se aúnan, entrelazadas por el amor al país, su carácter profesional de arquitecto, su labor difusora de la cultura histórica de nuestro pueblo, su práctica del deporte y su afición musical. Lo que, antes y ahora, puede considerarse propio de un completo «Amigo del País».

Por eso accede a nosotros. Por eso, amigo Luis Angel, te recibimos en nuestra Real Sociedad Bascongada y, con nuestra satisfacción y enhorabuena, te deseamos y deseamos para ella los mejores frutos que para nuestro «Euskalherria» promete tu juventud, tu laboriosidad, tu entusiasmo y tu reconocido y probado amor a esta bendita tierra.

He oído decir que nunca se debe actuar en momento de pasión, la pasión distorsiona la realidad, por lo que decía Pascal que de la discusión no sale la luz, porque la apaga el apasionamiento.

La pasión de amistad que siempre ha profesado Venancio a mi familia, le ha hecho distorsionar mi personalidad. Yo no soy mas que un heredero del amor a Vitoria, profesado por mis mayores. Altube dijo de mi padre que era «un vitoriano crónico». Yo no soy más que eso... por herencia. Y ahora su sucesor en esta Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.

Puesto en su sitio, no voy a ser tan petulante de llamarme conferenciante, el que suscribe esta charla, o sea, el que... «sus habla», paso al título de mi charla: CIEN AÑOS DE LA VIDA VITORIANA.

No he tenido ninguna duda al elegir el tema, como no la tuve al elegir mi profesión. Mi padre, cuando él era pequeño, decía que quería ser, «catedrático de catedrales», su primo era el arquitecto de la catedral y sus hermanos iban para catedráticos, de ahí que por asociación de ideas, sugiriese el nombre de su futura profesión. Yo no hice mas que seguir su oficio. El tuvo su «hobby» en cantar a Vitoria. Cuando murió, Venancio me animó a seguir sus colaboraciones en «Celedón» y «Vida Vasca»... escribiendo sobre Vitoria. Este es el único tema sobre el que tengo bagaje escrito... de ahí el título de mi conferencia.

Me propuso nuestro lendakari de la Bascongada, que presentase un trabajo de mi profesión, pero ésta encorsetada por la economía, las ordenanzas cambiantes, y sobre todo, por la «burrocracia» (con dos erres) no me han dado libertad para hacer algo totalmente libre y a mi gusto, ejerciendo de verdad el ser «catedrático de catedrales».

He preferido pues, hacer un trabajo en el que también toco el tema de mi profesión, pero haciéndolo con total libertad y sin encorsetamiento.

Cien años de vida vitoriana (1883-1983)

La historia total de nuestra ciudad, con motivo del reciente 800 aniversario de la Carta Fundacional, que Sancho VI el Sabio de Navarra, otorgó a la antigua aldea de Gasteiz, ha sido numerosas veces desempolvada últimamente.

Se ha cumplido eso tan importante que recomendaban los clásicos griegos (Gnosi Seauton) y latinos (Noscite Ipsum), o sea, «conócete a ti mismo».

Recomendaciones paralelas éstas, a la que nos da en euskera Gabriel de Arce-
ti, con su conocido (Nere aitaren etxea defendi(ako dut...)). «Si, yo defenderé
la casa de mis padres, defendiendo a mi pueblo».

Cien años de la vida vitoriana (1883 - 1983)

Yo sólo quiero planear, «hiciéramos nuestros primeros
aviadores, de los que luego hablaremos, sobre panorámicos gasteiztarra
en el último siglo que heamos vivido. Sus primeros 60 años los daré, empleando
el término televisivo, «en diferido», pero por supuesto, los últimos 40 años pue-
do darlos, por haberlos vivido, «en directo», con conocimiento de causa. No
puedo hacer, por razones de espacio, una historia exhaustiva, pero sí dar unas
pinceladas, a salto de mata, que nos diseñen un poco, a trazos, la historia del
último siglo de nuestra ciudad.

Muchas de estas pequeñas historias, serán conocidas de los estudiosos o vie-
jos vitorianos; vayan pues dedicadas a los jóvenes y nuevos vitorianos.

Iremos pues, un poco a saltos, pero lo de dar saltos, por otro lado, fue una
de mis especialidades. Y es que hay que saltar en esta extensa y densa historia,
porque un siglo es muy largo, emulando a Perogrullo, diría que son 100 largos
años.

Contaba Vitoria, en 1883, 25.000 habitantes, casi los hemos multiplicado por
ocho.

Cien años de vida vitoriana (1883-1983)

La historia total de nuestra ciudad, con motivo del reciente 800 aniversario de la Carta Fundacional, que Sancho VI el Sabio de Navarra, otorgó a la antigua aldea de Gasteiz, ha sido numerosas veces desempolvada últimamente.

Se ha cumplido eso tan importante que recomendaban los clásicos griegos (Gnovi Seauton) y latinos (Nosce te ipsum), o sea, «conócete a ti mismo».

Recomendaciones paralelas éstas, a la que nos da en euskera Gabriel de Aresti, con su conocido (Nere aitaren etxea defendituko dut...). «Sí, yo defenderé la casa de mi padre», y difícilmente defenderemos lo que nos han legado nuestros mayores... si no lo conocemos.

Yo sólo quiero planear en vuelo bajo y corto, como lo hicieron nuestros primeros aviadores, de los que luego hablaremos, sobre la panorámica gasteiztarra en el último siglo que hemos vivido. Sus primeros 60 años los daré, empleando el término televisivo, «en diferido», pero por supuesto, los últimos 40 años puedo darlos, por haberlos vivido, «en directo», con conocimiento de causa. No puedo hacer, por razones de espacio, una historia exhaustiva, pero si dar unas pinceladas, a salto de mata, que nos diseñen un poco, a trazos, la historia del último siglo de nuestra ciudad.

Muchas de estas pequeñas historias, serán conocidas de los estudiosos o viejos vitorianos; vayan pues dedicadas a los jóvenes y nuevos vitorianos.

Iremos pues, un poco a saltos, pero lo de dar saltos, por otro lado, fué una de mis especialidades. Y es que hay que saltar en esta extensa y densa historia, porque un siglo es muy largo, emulando a Perogrullo, diría que son 100 largos años.

Contaba Vitoria, en 1883, 25.000 habitantes, casi los hemos multiplicado por ocho.

El Ayuntamiento disponía de 25 concejales, ahora son 27, de los que se renovaban la mitad en las elecciones, saliendo los más antiguos. Las elecciones se celebraban en seis colegios, que eran los siguientes:

—Casas Consistoriales, Zapatería n°99, Escuelas Normales, Hospicio, Instituto y Plaza del Mercado.

El 1 de Julio de 1883, actuó por primera vez como alcalde presidente, D. Odón Apráiz y Sáenz de Elburgo. Su primera actuación fué disponer la celebración de la Batalla de Treviño (liberación de Vitoria por las tropas de Quesada y Loma, el 7 de Julio de 1875).

Seguimos con la «Batalla de Treviño».

Pocos días después, se acordó la adquisición de 200 ejemplares de la obra «La Ciudad de Vitoria», escrita por D. José Colá y Goiti, y que dicha obra y el «Libro de Alava», de D. Ricardo Becerro de Bengoa, que fué Diputado a Cortes por Vitoria y Senador del Reino, se adjudiquen como premios a los niños de las escuelas públicas.

En Enero del 84, el alcalde manifestó que el 14 de Julio anterior había fallecido en Bareges, departamento de los Altos Pirineos, el Excmo. Sr. D. Miguel Ricardo de Alava, hijo esclarecido de esta ciudad, a la que salvó de una catástrofe el 21 de junio de 1813, día memorable de la Batalla de Vitoria, proponiendo que los restos del ilustre general fueran trasladados —a expensas del ayuntamiento— al panteón que su familia posee en el cementerio.

Del interesante opúsculo escrito por D. Ricardo Becerro de Bengoa, intitulado «El General Alava, homenaje publicado a su preclara memoria», pidió el ayuntamiento 200 ejemplares, pero al haberse agotado la tirada, nuestro municipio, agradeciendo a su autor los ejemplares que regalara, acordó premiar al fecundo escritor, honra del País Vascongado, con el título de «cronista honorario de Vitoria», cargo que se le otorgó, por aclamación, en la sesión celebrada en 2 de Julio de 1884.

Estábamos, como se ve por todo lo anterior, en el apogeo de la denominación a nuestra ciudad como «Atenas del Norte», cuya época dorada viviría entre dos fechas históricas, desde la revolución del 68 hasta el triste 98. O sea, desde la Batalla de Alcolea al Tratado de París que confirma el desastre colonial. Por eso mismo, mi padre le llamaba a esta época «desde los primeros de Alcolea a los últimos de Filipinas».

El día 8 de agosto, el alcalde anunció la celebración, con toda solemnidad y brillantez, de la inauguración oficial de la llegada a esta ciudad de las aguas

del Gorbea, para lo cual contaba, ¡como siempre!, con la Excma. Diputación Provincial. Se dispuso que los actos de bendición e inauguración se celebrasen en la Plaza Vieja, hoy de la Virgen Blanca, el domingo 21 a las 5 de la tarde.

El tan decantado, a veces enturbiado y siempre latente problema del abastecimiento de aguas, tuvo una larga historia previa hasta que el pueblo de Vitoria jubilosamente congregado en la Plaza Vieja, como hoy lo hace la tarde del 4 de agosto esperando la bajada de Celedón, junto al reseco y estéril maldito Pozo Artesiano, contemplaba el feliz espectáculo de ver ascender los surtidores del agua del Gorbea. Prescindo de la larga y fracasada etapa anterior, por no encajar en el siglo que estamos tratando, pero sí quiero recordar la popularidad de las obras que fueron acompañadas por los vitorianos con viajes, visitas y excursiones en dirección a Cigoitia, que en posadas, ventas y tabernas de los pueblecitos del tránsito, comentaban unánimes las ventajas de tamaña empresa.

Volviendo a la feliz tarde del 21 de septiembre, recordaré que, a las 5 en punto, como las corridas de toros de antes, se abrieron los conductos de la cañería y enormes surtidores de cristalinas y transparentes aguas, surcaron el espacio, elevándose, como Celedón al final de las fiestas, en medio del asombro y de la estupefacción de los circunstantes. Hurras y aplausos delirantes y frenéticos, fueron la grata recompensa hecha a los patrocinadores de aquella idea. Arroyos y cascadas artificiales salidos de un gran peñasco, que imitaba la estructura del manantial del Gorbea, hicieron las delicias del numeroso público que allí se apiñaba, ávido de disfrutar de un espectáculo tan desconocido como atrayente.

Y dicen las estadísticas sanitarias, que en este año, desaparecieron gracias a las saludables aguas del Gorbea —nuevo Jordán vitoriano— las epidemias de cólera y tifus, que durante los últimos 14 años, se había dejado sentir endémicamente en la ciudad, de igual modo que su airecillo del Norte, siempre fresco cuando no helado, limpia y purifica nuestro ambiente.

Gorbea guarda, además, los más puros goces de nuestra juventud montañera: que no fácilmente se olvidan sus frondosos hayedos y helechales, sus aún misteriosas grutas de Mairuelegorrieta; sus bucólicos prados de Altamiñape y Arraba, sus ingentes peñas de Aldamin y Lekanda... y el Gorbea, con su ondulada silueta, blanca de nieve impoluta unas veces, azulada otras, coronada las más, por los cendales brumosos y supersticiosos de las nieblas... se remata, SIEMPRE, con la CRUZ PERENNE en su cúspide, como meta de término de nuestras ascensiones a su cumbre y como símbolo del fin que queremos para nuestras vidas.

Volviendo a los temas sanitarios de esta época, recordaremos que en Julio de 1885, se acordó adoptar medidas higiénicas para preservar a la ciudad de la

invasión colérica que asolaba a la provincia de Murcia y otras regiones. Se embocinó el río Zapardiel, se limpiaron calles, aceras y portales por los vecinos, se reconocieron los interiores de las viviendas, aumentando las bocas de riego, ordenando la desaparición de estercoleros, depósitos de basura, y procediendo al reconocimiento de productos alimenticios.

De esta forma, Vitoria se defendió de la epidemia que sí causó numerosas víctimas en Nanclares y Lapuebla de Arganzón.

En la tarde del 2 de Agosto de 1885, en las corridas de toros de la Blanca, toreaban Lagartijo y Frascuelo con ganadería de Concha y Sierra.

El segundo de la tarde, de nombre Arbolario, nombre que se ha hecho famoso entre los viejos vitorianos, con muchos kilos y bien armado, en violenta carrera y salto inverosímil, se coló en el tendido sembrando el pánico entre el público que por instinto buscó su salvación en barreras, gradas y balconillos. Arbolario, señoreándose por el tendido, hacía el vacío en su entorno. Santos Trocóniz, vitoriano matador de novillos y al servicio de la plaza, coleó con gran valor al astado, ganándose el sobrenombre de «héroe» entre la admiración y el aplauso de sus paisanos.

El toro volteó a varias personas, descendió a saltos a la puerta de caballos, donde la Guardia Civil le disparó certeramente derribándolo y rematándole con el tiro de gracia.

En la sesión del 25 de noviembre, representantes de la Sociedad «La Exploradora», solicitan ayuda para la publicación de los trabajos realizados por el infatigable viajero D. Manuel Iradier. Dos años después, en los Talleres de Iturbe, se publica la obra «Africa, viajes y trabajos de la Asociación Euskara La Exploradora». Siendo alcalde, más tarde, D. Eulogio Serdán y Aguirregaviria se dió el nombre del explorador vitoriano a la calle del Sur.

El año 86 se sometieron a la aprobación del ayuntamiento, las bases presentadas por el Sr. Casañal, para levantar el plano de la ciudad y su término campanil por el precio de 36.000 pesetas. El mismo año se autorizó a los vecinos de la segunda vecindad de la Pintorería, para construir una capilla en el Cristo de San Ildefonso.

Al año siguiente, la Comisión de Presupuestos advertía el estado expectante del País ante las resoluciones que el Gobierno debía adoptar al término del Concierto Económico, cuya primera revisión debía hacerse en Julio de ese año.

De los años 86 al 88, se acusaba la vida literaria e intelectual de los vitorianos, recordaremos que estamos en plena época dorada de la Atenas del Norte, y se publicaban «El Anunciador Vitoriano», «La Concordia» y «El Gorbea», y vió la luz pública, en noviembre del 87, «El Alavés» batallador trisemanal carlista, destinado a combatir las ideas de los dos primeros, y sobre todo, la política del tercero.

En los diez años siguientes, el padrón municipal experimentó un aumento de 1.322 habitantes, aunque en la totalidad había que contar a 4.521 militares. Se quejaban los recaudadores de tasas locales, que con la asignación de 52 céntimos diarios para rancho, daba muy corto beneficio por consumos, mermado además por la participación que se llevaban los pueblos, al traer aquí la patata y alubia que los militares consumían. Hoy recaudan mucho más y más fácilmente.

Antes de terminar el siglo, en 1899, los vitorianos también se preocupaban de asuntos de moderno progresismo, y así, se propusieron nada menos que dotar a nuestra ciudad, de un servicio de autobuses. Al efecto, unos cuantos vitorianos, entre ellos mi abuelo Odón, Ricardo Buesa, Severiano Lorente e Ignacio Tolosana, se dirigieron a París para «europeizar» nuestros viajes y transportes.

Esta historia, que ya he publicado, escrita en parte por el ilustre pintor vitoriano D. Fernando de América, la voy a resumir brevemente:

—Dice D. Fernando en carta dirigida a mi padre:

«Estos autobuses, los trajeron con gran patriotismo vitoriano de buena fé, paisanos nuestros que eligieron autos especiales para subir nuestras cuestas».

«Con él hice un viaje, dice América, de Ceánuri a Vitoria, saliendo a las cinco de la tarde sin arribar a Vitoria (35 Kms.), sino a las cuatro de la mañana, después de un viaje de película. El coche, nutrido de viajeros, empezó a patinar, y lo que es peor, a recular, con gran peligro hacia los precipicios. Todos los compañeros de viaje acabamos por bajar del auto para la «colaboración». Esta consistía en colocar tablas, paluchos, ramas y sacos viejos delante de las ruedas. Yo decía, comentaba D. Fernando, cuando echábamos los sacos y atraíamos al coche, que lo íbamos sacando «a punta de capote».

A fuerza de fuerzas, viajeros, chófer y «toreros», conseguíamos la arrancada, pero entonces el chófer, estusiasado, no esperaba a que subiésemos, aprovechando el movimiento inicial hacia adelante, seguía unos cuantos cientos de metros, hasta que se acababa la cuerda y volvía a patinar y pararse. Los viajeros íbamos detrás, en cortejo doliente, hasta alcanzarlo parado y repetir las mismas maniobras, que fueron numerosas hasta dominar el puerto de Barazar».

El final, ya se ha dicho, 35 Kms. recorridos en once horas, a unos 3 Kms. por hora promedio. ¡Nuestros abuelos vivían más despacio!

La empresa de los autobuses, fracasó y hubo de volverse a los tradicionales coches de caballos, unos «riper» que llegaban hasta Ceánuri, para enlazar con el tranvía de Bilbao y unas diligencias que descendían sobre patines la cuesta de Urquiola hasta Durango, en combinación con los ferrocarriles Vascongados. Nuestros abuelos hicieron así, cuando niños, su primer viaje para ver el mar.

LOS FINALES DEL SIGLO XIX

Al finalizar el siglo, cuando la época más esplendorosa de la cultura en Vitoria languidecía, un desastre más del 98, toda la sociedad experimenta «el cambio». También otro tema de hoy.

Creo que es importante, por encima de sucesos aislados, diseñar la situación coyuntural que vivían nuestros abuelos, en esa época que ya he iniciado, siete años después de la implantación el 21 de Julio de 1876, de la Ley que imponía el régimen nivelador de la igualdad constitucional, o sea, la «Loapa» de 1876.

Tomás Alfaro Fournier, el más completo historiador vitoriano de la última época, que fué Alcalde de Vitoria en 1936 con la República, escritor y hombre polifacético, ya que, como pintor tiene calle en nuestra ciudad, describía así la situación que provocaba la abolición foral y que coincidía, y no por casualidad, con el ocaso de la Atenas del Norte.

He de aclarar, para valorar esta opinión, que Alfaro se definía contrario al nacionalismo vasco, era lo que hoy se llamaría un republicano españolista.

Alfaro describía así, hace 25 años, la situación del último cuarto del siglo XIX para los vitorianos.

—El solar vascongado y como él todo el país exento, perdía su genuina personalidad histórica.

Esta imposición unilateral rescisoria de un pacto solemne jurado en el año 1332, por el que Alava se entregaba voluntariamente a la Corona de Castilla, al producirse a instancias vehementes y reiteradas de las demás regiones españolas, suponía también signo de sumisión de esas regiones a un Estado absorbente

en demasía o prueba de incapacidad para recuperar propias instituciones, en otros tiempos tan amadas, que les fueron arrebatadas al cabo de cruentas luchas. No sólo se había interrumpido el ritmo regular de una historia local, sino que también el curso de la historia de España quedaba afectado, pues la inexorable aplicación de esa Ley de 1876, extinguía el último vestigio de la característica estructura nacional.

Que la diversidad, dentro de la unidad, ha sido la esencia de la tradición patria es evidente; pero un centralismo excesivo, sobre todo, prematuramente impuesto y sin consideración a arraigados sentimientos siempre basados en leyes biológicas, además de herir la dignidad de un pueblo suele producir lesiones a su prosperidad, máxime cuando la cultura, la economía y los métodos administrativos de ese pueblo, han alcanzado límites superiores a los del Estado que pretende aglutinarlo».

La vida de Vitoria en el siglo XX se conecta con su anterior en el tiempo, pero no en el espacio. Habiéndose esfumado las características esenciales de su personalidad, quedaba sometida, hasta en sus más íntimos problemas, a influencias extrañas. Al verla privada de sus tradicionales instituciones y regida desde fuera —no desde dentro— sus hombres de acción perdieron vigor y, tras alguna estéril lucha dialéctica, que no halló eco ni en los propios naturales, se sumieron en el ostracismo.

Sus sucesores, ya no estaban animados del mismo fervor y pudo más en ellos el afán de mando, aunque fuera un mando mezquino supeditado a directrices cortesanas, sin el prestigio que le prestara antaño la entusiasta asistencia popular, que el sacrificio de una tenaz resistencia en defensa de los últimos baluartes, aún existentes, entre las ruinas del edificio foral.

Los pequeños ambiciosos, asomados entre grietas, adulones y serviles y para alcanzar prebendas de poca monta que colmaran sus vanidades de hombres mediocres, fueron rindiendo esos baluartes uno a uno en claudicantes capitulaciones. La historia de la Ciudad se había extinguido y, en lo sucesivo, sólo podría concebirse como un anecdotario en consecuencia de ella.

Vitoria seguiría transformándose, modernizándose, acaso enriqueciéndose; pero su espíritu la había abandonado y ya, sin libres anhelos, sojuzgada por advenidizos que la comprenden poco y la aman menos, diluídos sus recuerdos, roto el conjunto de sus ilusiones, sería como una ciudad cualquiera: «UNA CIUDAD DESENCANTADA».

Sí, es el desencanto que sufrió Mateo Benigno de Moraza, de quien no vamos a hablar por ser suficientemente conocido, ni de «nuestros Fueros» de los que

existe un libro con ese título de nuestro presidente. Si quiero traer una opinión categórica y no vasca, que es la de Emilio Castelar. El insigne tribuno puso el epitafio al despojo foral:

—«Asistimos —dijo— a los funerales de la libertad de una raza con el recogimiento y el dolor con que se asiste siempre a todas las sublimes tristezas del otoño, y con el triste lamento de ver morir algo tan grande en la nacionalidad española: las libertades antiguas que unían a la virtud del derecho, el prestigio de la poesía y de la Historia».

Sin embargo, los vitorianos no se desanimaron y no perecieron en el empeño, siguieron y seguimos haciendo camino al andar. La historia sigue.

Continuemos pues, nuestra historia y comencemos con el tránsito del siglo. Con él alcanzó su apogeo el teatro. Al teatro Principal, que se encontraba donde hoy está el Banco de España, con fachada similar, acudían todas las clases sociales, distribuidas en las distintas localidades, pues nadie se atrevía a infringir este orden para evitar que, desde «el gallinero», algún chusco preguntara, a gritos, al intruso de butacas, si se había caído. En las funciones de noche, la etiqueta era obligada y se veía a los «pollos», durante los entreactos, apoyados en la barandilla del foso de orquesta, enfocando sus gemelos hacia los palcos, para contemplar a las muchachas de sus pensamientos. Actuaban en él, por temporadas, diversas compañías dramáticas, de comedia, de zarzuela grande y en ocasiones, algún cuadro de ópera.

El inmortal Sarasate obsequió a los «diletantes», con sus conciertos de violín y la compañía de Fiorini, hacía conocer a un público selecto, fragmentos de «Ernani», «Un Ballo», «Traviata», «Rigoletto» y «Lucía», oyéndose cantar a Tamberlick, ya decadente, su «Credo», de Otello, que tantas ovaciones le valió.

Como habremos observado, los vitorianos contemporáneos de Verdi, en sus últimos años, le eran muy adictos, postura que yo comparto plenamente.

El proyecto del Teatro Principal, antes de construirse, tuvo sus detractores, que alegaron la irreverencia que suponía elevar un teatro sobre el lugar donde existió la capilla del hospital y junto al convento de San Francisco. Se dijo que: «Los enemigos de la Iglesia han conseguido un triunfo sobre la religión, erigiendo el Coliseo sobre las naves del Templo de Dios». «Y se pide se desagravie, cuanto antes, al Señor, de semejante insulto, convirtiendo dicho coliseo en casa de oración y Tribunal Santo de la Inquisición»... ¡Qué país!

Ya entrado el siglo XX, las solemnidades iban bajando de tono, salvo en las representaciones de Fiestas de la Blanca, durante las cuales, el traje de smoking

y el escote de las damas, eran poco menos que obligatorios. Era de rigor la actuación de compañías de primera fila, con actores consagrados en Madrid, como Borrás, Calvo, Julián Romea y la Guerrero, Rosario Pino, que vivió durante más de un año en Vitoria, Concha Catalá, Catalina Bárcena y Ricardo Puga, primer intérprete del papel de Crispín, en «Los Intereses Creados», que era victoriano, nacido en la calle de la Zapatería. Pero en el resto del año se descendía al género chico y a la revista, comenzando, por entonces, las llamadas «sesiones Vermout», de un acto, que se renovaban de 7 a 9 de la noche.

Conociéronse, durante aquellos años, las primicias de ese género, que empezó en «chico» y terminó en «mínimo» —ya no como: «La Verbena de la Paloma», «La Revoltosa» y además del género; sino otras tirando a verde, al verde de entonces, pero no exentas de inspiración despreocupada, como «El pobre Valvueda», «El niño judío», «La academia del amor», «La corte de Faraon» y «La gatita blanca», que causaban escándalo..., pero agotaban la taquilla. Eran las películas «S» de aquel tiempo.

Se proyectaron, también, las primeras películas mudas, con explicador (Vale-ro lo hacía con su voz ronca, aguardentosa, con verdadera gracia), películas que solían preceder la exhibición de alguna cupletista: Raquel Meller, la Argentina y la Argentinita, Pastora Imperio y hasta la Chelito.

Más especializados en estos espectáculos eran «El Iris Salón», casi una barra-ca, situado en la calle del General Alava, donde hoy está la tienda de flores de Díaz de Argote, que luego tomó el nombre de «Parisiense» y «Bellas Artes». «El Circo», en la calle de la Florida, sólo daba espectáculos de este tipo.

Todo tiene límite en la vida, y la del Teatro Principal se agotaba sin que se previera una sustitución. Con su coqueta apariencia era inadecuado para los tiempos que venían. Su escenario era estrecho, sin posibilidades de instalar en él una maquinaria moderna. Los camerinos se apretujaban divididos por tablas, provocando no pocas reclamaciones de los artistas. A su espalda, se elevaba la pared medianera del cuartel de San Francisco, ya carcomida, a través de la cual, se infiltraban nauseabundos olores de sus cuadras, que se transmitían al público, en cuanto se levantaba el telón, y hasta las ratas se escurrían por los resquicios de las piedras. Era un cadáver bien pintado, mas el pueblo, que amaba su teatrillo, le era fiel y no se le ocurría sustituirlo, porque, al fin y al cabo, era un monumento lleno de recuerdos, que tres generaciones habían conocido.

El destino acabó con él. En las primeras horas del 12 de Agosto de 1914, un incendio voraz, que nadie supo como se produjo, se llevó, en llamas, aquel coliseo casi centenario. Murió en la brecha, habiendo cumplido su misión hasta el

último momento. Horas antes lo había abandonado la compañía de Juan Balaguer, que había actuado durante las fiestas, después de la representación de «El Centenario», de los hermanos Quintero, a beneficio de Concha Catalá. Por milagro no hubo víctimas. El conserje, Nemesio Sosoaga, su mujer y sus hijas se salvaron refugiándose en la cornisa exterior, con riesgo de caer a la calle, sufriendo quemaduras. Fué un espectáculo dramático para aquellos que lo vieron. Por la mañana, aquello era un montón informe de brasas, mal contenidas por los muros denegridos, que debieron ser derrumbados inmediatamente.

Pocos días antes, una catástrofe universal, de cuya magnitud aún muy poca gente se daba cuenta, había sumido a Europa en el estupor. Ya, los «Cuatro Jinetes del Apocalipsis» cabalgaban por las tierras del viejo continente, sembrando la ruina, el dolor y la muerte.

¡Pobre Teatro Principal de Vitoria!. Terminó en su tiempo; como símbolo de lo que ya no había de volver.

Al doble trágico suceso, del comienzo de la Primera Guerra Mundial y el incendio del Teatro Principal, se sumaron el fallecimiento del Papa Pío X, y el del Alcalde de Vitoria, D. Pedro de Echevarría y Careaga, lo que pareció a los vitorianos de entonces, algo así como el anuncio del «fin del mundo», situación que recordaba a lo que fué el año 1000, en la oscura Edad Media.

Volviendo a los principios de siglo, se comentaba que el ensanche decimonónico estaba muy mejorado, no tenía nada que envidiar a los de las grandes capitales.

Sin embargo, se denunciaba el abandono de la parte vieja: —Todo seguía lo mismo, si cabe, con más desamparo por el contraste..., las mismas tienduchas, las mismas tabernas que se cerraban a las nueve dejándolas solitarias...

Esta censura ha sido atendida últimamente y de ahí el esfuerzo municipal por contestarla. El premio «Europa Nostra» al trabajo de Vitoria por sanear, tanto el casco antiguo, como el ensanche decimonónico, avalan la buena intención.

Julio Caro Baroja, denunciaba, que al comenzar este siglo, la estructura de la ciudad vieja quedaba, pero cubierta casi en absoluto por trajes seminuevos, diré que algunos de ellos ya tenemos el proyecto de derribarlos. Censura además D. Julio, entre otras cosas, que donde se hallaba un palacio aristocrático, hoy se levanta un depósito de aguas.

Se han hecho, sí, muchos criminales derribos que han matado parte de nuestra historia. La continuada pérdida de nuestro patrimonio cultural y artístico

nos trae el recuerdo de D. Herminio Madinaveitia que en 1930, por culpa del derribo del Convento de San Francisco, fué destituido de su cargo de Delegado Regio de Bellas Artes, y lamentando la pérdida del histórico convento que había ocasionado su destitución, dijo humorísticamente:

—«Aquí no van quedando más monumentos que las momias de la Comisión; y éstas ya... por poco tiempo».

En la estructura tradicional de nuestra ciudad, con sus calles gremiales recorriendo las curvas de nivel de la colina ovalada de Gasteiz, están marcados desde siempre los dos focos de la elipse, con las parroquias de San Vicente y de Santa María (Catedral Vieja), lo mismo que en las villas de Laguardia y Salvatierra, que teniendo el mismo esquema, las parroquias en idéntica ubicación, son las de Santa María y San Juan.

Pero a Vitoria le daban gran personalidad y acervo histórico, otros tres focos culturales ya derribados. La parroquia de San Ildefonso, situada entre el Hospicio y la hoy iglesia del Cristo del mismo nombre, que fundada por Alfonso X el Sabio, en 1256, al acometer el ensanche de la colina de Gasteiz hacia la Cuchillería, Zapatería y Judería (hoy Nueva Dentro), fué derribada en 1837 por D. Martín Saracíbar en su primer «Error de juventud».

Los otros dos trascendentales focos culturales de toda la historia de nuestra ciudad, también fueron derribados: El convento de Santo Domingo, en 1919, y el de San Francisco, en 1930. Quedan vestigios de ellos en un arco del claustro dominicano que estaba en el patio del Instituto, y los de San Francisco que conforman el pórtico de la parroquia de San Vicente. También el medallón del pórtico de la iglesia de San Antonio. Parece que se va a reproducir un arco todavía existente tras el actual Gobierno Civil.

Se derribó también la «Casa de los Cubos», en Cuchillería 26, junto a la casa del Cordón. Casa que figuraba en dibujo de Tomás Alfaro, en la portada del programa de las Fiestas de Vitoria. Edificio muy singular, cuya sustitución ha hecho perder gran carácter a la Cuchillería.

Otra reminiscencia histórica del perfil vitoriano, la Plaza de Hurtado de Anda, estuvo a punto de ser edificada, pero se ha salvado de la quema, con la restauración de la torre y el concurso de ideas sobre ordenación urbanística de la manzana.

En el tema de los derribos, como en tantos otros, se está aplicando la ley del péndulo. Antes estaba de moda ser de derechas y ahora serlo de izquierdas. Antes se derribaba todo y ahora no se deja tocar nada.

Se derribaron maravillosos palacetes de la calle de Dato y Fueros, sustituyéndolos, en el caso de Dato, con alturas triples de las hoy reglamentadas. Hoy no se pueden tocar algunas casas mugrientas, cuyo carácter es fácilmente recuperable y con enorme ventaja en su tratamiento posterior, como se ha hecho en La Coruña, derribarse viejas casas con galerías y construirse con miradores por el sistema de «muro cortina» que es arquitectura de hoy, y no desentonan.

También se ha pasado de un extremo a otro a la hora de aplicar las normativas de edificación. Antes te informaban los técnicos municipales, que el número de pisos a construir..., dependía (sic.) de la amistad que el promotor tuviera con los concejales. Hoy se mira todo con lupa, calibre y nonius.

Ya he dicho que es necesario derribar algunos edificios, sobre todo, en el casco antiguo, y no por viejos sino por todo lo contrario, por esos trajes seminuevos que denuncia Caro Baroja, así como los falsos prestados que tiene nuestra Catedral Vieja, monumento estatal número uno, por aquello del primer puesto de Alava en el orden alfabético. También parece se van a derribar algunas obras piratas, pues nuestros ediles no están conformes con la piratería y ello nos parece razonable.

Sobre la parte vieja, opinaron mis colegas Juan Adrián Bueno y Paulino Medina que: «El origen de nuestra ciudad y su casco medieval constituye una herencia cuya expresión formal y funcional, debemos mantener y revitalizar como homenaje y reconocimiento de su pasado y aportación al resto de Vitoria, mediante operaciones rehabilitadoras, tanto en sus elementos compositivos urbanos como en sus tipologías residenciales, y la necesaria dotación de servicios e infraestructuras». Ya se está haciendo.

Volviendo al comienzo de este siglo, señalaré como fecha importante la de 1910, en la que la caritativa Sra. D^a Felicias Olave, en amistosa visita al Alcalde de Vitoria, D. Eulogio Serdán y Aguirregaviria, ofreció los terrenos de su propiedad, sitios entre las calles de San Prudencio, entonces sin terminar, y la del General Alava. Al preguntar al representante del ayuntamiento, qué clase de edificio convendría a la ciudad, se le contestó que un Juego de Pelota. Gracias a que nuestro alcalde nos salió pelotazale, ha tenido continuidad el juego de la pelota en nuestra ciudad, desde 1832.—

También el alcalde D. Ramón Oz. de Latierro, entrañable amigo fallecido, además de nadador, era pelotazale; y al inaugurar los actuales frontones «Ogueta» hizo el saque de inauguración, que por cierto le salió «falta», pero, con el tesón propio de un nadador que fué del Judizmendi, repitió la jugada hasta llevarla a «buena».

Felicias Olave, construyó el frontón de su cuenta y terminado lo donó generosamente al ayuntamiento de Vitoria, inaugurándose en 1911. Sustituyó al juego de pelota que se edificó en 1832, en terrenos próximos al desaparecido campo de las Brígidas y que se extinguió al comenzar las obras de la nueva catedral.

Nuestro popular y peculiar de la tierra deporte de la pelota, estuvo muy extendido, no había muchacho que no tuviera una pelota con «kiskiteco» o sin él; se llamaba kiskiteco, al núcleo de goma que tenían las pelotas de calidad, el gomón que llamábamos nosotros. No había tampoco pared ciudadana que no sirviera de improvisado frontón. Los había en los patios de todos los colegios y existía, aparte del citado público en la Plazuela del Juego de Pelota, otro privado mediante pago titulado Beti-Jai, en la calle de la Zapatería. El primero solía cercarse de graderíos durante las Fiestas de la Blanca, cobrándose módicamente la entrada a los espectadores, pero los contendientes eran pelotaris de segunda categoría, más bien, aficionados destacados, como ocurre hoy en los pueblos de la provincia. Hasta muy entrado el siglo, cuando se edificó el frontón de la calle de San Prudencio, no se conocieron en Vitoria manistas de categoría.

Nuestra brillante historia pelotazale, está maravillosamente recogida en el libro de Juan de Biasteri «Cien años de la Pelota Alavesa», título por cierto, similar al de mi charla, concretado al ambiente pelotazale. Destacaremos con Ogueta únicamente, a los que obtuvieron los diez títulos nacionales: Ochoa, dos en mano individual; Eguino y Garaita en la misma especialidad; cuatro parejas en mano, Díaz y Arguiñano, Arcaya y Llamas, Madrid y Nalda (que fueron también campeones del mundo) y Erostarbe y Belategui. También consiguieron el máximo entorchado en la especialidad de cesta punta Alberdi y Areitio.

Si característico fué el juego de la pelota en nuestra ciudad, no lo fué menos el deporte aéreo.

Ya en 1911, Vedrines, había cruzado ya por primera vez, los aires vitorianos durante el Raid París-Madrid; otro aviador aterrizó en el campo de Lacua por no poder completar el recorrido. En los primeros días de septiembre, de este año, el ayuntamiento contrató al aviador Weis, que realizó una exhibición de vuelos tras un intento fallido que le obligó a aterrizar en un rastrojo cercano. El espectador público vitoriano ironizó el intento, con su característica sorna, diciendo:

—Véis a Weis... Pues ya no lo véis.

Al año siguiente, durante las Fiestas de la Blanca, Vedrines voló magníficamente, rayando ya en la acrobacia.

Anteriormente, los donostiarras Amestoy, Múgica y Azcona, construyeron un biplano, bautizado «AMA» (las iniciales de sus apellidos) y vinieron a practicar a Lacua, lanzando el biplano por una rampa y logrando sólo dar un saltito de gorrión, pero los simpáticos donostiarras no pasaron mal aquél verano, parco en éxitos, cambiando La Concha por La Llanada, porque fué cuantioso en ápapas y libaciones, en compañía de alegres amigos, de los que salió bien beneficiada la taberna de Arriaga.

El epitafio lo puso el que luego fué nombrado Comisario de aviación, D. Ignacio Abreu, con unas coplas que decían, poco más o menos así:

«Si vas al campo de Lacua a ver el biplano
te llevarás un chasco más que soberano.

Allí verás al buen Azcona
moviendo las alas, moviendo la lona.

Mas cuando la hélice giró las aletas
se fue el biplano a hacer puñetas.»

«Nada vez; nada ves
porque aquel chisme
tan singular
nunca sale del hangar».

Las hazañas aéreas de los donostiarras, fueron superadas de largo por un ilustre vitoriano.

Este fué Heraclio Alfaro Fournier, carnet nº8 de España, y primer constructor de aviones, que recibió el bautismo del aire en 1911, volando después con asiduidad y haciéndolo sobre Vitoria en 1913.

Leoncio Garnier, fundó en nuestra ciudad una escuela de aviación con su nombre, en 1913, que se hizo muy popular, tanto, que en los tiouvivos que se instalaban en la plaza del General Loma, frente al Casino, había unos avioncitos con su nombre, el de Vedrines y demás pilotos famosos.

Garnier se subió al aparato que llevaba su nombre y no acostumbrado a los giros de gálibo tan cerrado del tiovivo, ni a sus elevaciones distorsionadas, el aguerrido piloto, bajó del inofensivo aparato, totalmente mareado.

Comentadas las primicias aéreas de los donostiarras y gasteiztarras, quiero puntualizar que no he encontrado nada de las hazañas aéreas de los abuelos de los hoy inquilinos de Sondica.

Sí una noticia de la semana pasada, de que los «Maradona boys», para ir a San Mamés, sobrevolaron Sondica, no les gustó y aterrizaron en Foronda. Lo

mismo le pasó al Mallorca, pero con ventaja para ellos ya que jugaban; ¡y cómo de bien! en Mendizorrosa.

Volando a la actualidad, nunca acción más propia tratándose de aviación, quiero traer la opinión de un ilustre bilbaino, José Miguel de Azaola, sobre el conencioso Foronda-Sondica. Dijo Azaola: precisamente en el pregón de fiestas de 1975:

—«Bilbao tiene un aeropuerto hipotecado por la orografía, que por mucho auge que adquiera, se quedará pronto corto (tanto más pronto, cuanto más aprisa crezca), y no podrá jamás convertirse en el gran aeropuerto de la región. Este gran aeropuerto regional de categoría internacional y más tarde transoceánica, no puede estar más que en la llanada alavesa».

Insistió Azaola que nuestra llanada es la Plaza Mayor de las Vascongadas, pieza maestra de la infraestructura regional. La capitalidad de la Comunidad Autónoma Vasca, ha dado la razón a Azaola que temía que sobre nuestra ciudad, se extendiese la sombra de la vecina Bilbao, mucho más rica y populosa y que, gracias a la autopista, al estar tan cerca nuestro, podía sucumbir a menuendo a la tentación de considerar a nuestra ciudad, como un suburbio más de Bilbao: una especie de Sestao con obispo y gobernador civil.

Habiendo tratado la pelota y el deporte aéreo en Vitoria, quiero ahora hacer una pequeña reseña sobre el desarrollo de otros deportes en nuestra ciudad; así podré decir algo que quizás no conozca mi presentador Venancio del Val, por lo menos sobre el deporte «no histórico» que yo he vivido en directo.

Referirse a los deportes, para historiarlos, en los comienzos del siglo XX, es poco menos que hacer prehistoria. El deporte tenía entonces una significación distinta de la que hoy tiene, pues en España aún no había aflorado el profesionalismo y sólo se consideraba como pasatiempo, elevado a veces, a pequeño espectáculo durante las fiestas, sin que ni clubs ni empresarios, buscaran beneficio alguno.

El aforismo «mens sana in corpore sano», tan profusamente empleado por entonces, sirvió de lema a insistentes campañas en pro de la higiene, entre cuyas prácticas incipientes figuraban en destacado lugar, la gimnasia y el moderado ejercicio físico, que en cierto modo, veníase cultivando desde antiguo por satisfacer una afición a sobresalir en una destreza simplemente, o como natural tendencia humana a ser fuerte sin reglas ni estilos aplicados, después para ahorrar el esfuerzo y acrecentar la emulación.

Hacia 1895, existía el Skating-Ring que funcionaba en el «Teatro Circo», en cuyo ruedo entarimado, se patinaba al atardecer al compás de todas las melo-

días. A continuación del patín nació el deporte del tenis, que estableció su primer club en 1906, con el nombre de «Vitoria Club» (sucesor del extinguido «Club-Alavés»), en el arranque de la Senda del Prado (después Paseo de Fray Francisco), con dos pistas de tenis. Duró hasta 1910, desplazado esta vez por el palacio de Ajuria, duró hasta 1945. Pochín Ortega fué el «alma mater» en hacer posible la continuidad de este Club, sin que desapareciera la tradición tenística vitoriana que arrancaba casi con el siglo, con continuidad de personas y apellidos, como las tres generaciones de los Vidal-Abarca (Alvaros los tres), brillantes tenistas todos ellos y subcampeón de España de pala corta el segundo.

De la popularidad de estos deportes citados, tenis y patinaje, da fé el siguiente himno que se hizo popular:

Viva el Vitoria Club

Viva el Skating Ring

Viva la raqueta y el patín

Por su mayor popularidad, adquirió más importancia general, la expansión del ciclismo iniciada a fines del siglo XIX, por entusiastas del pedal naciente, primero en bicis y luego en bicicletas. Solían andar con aquellos artefactos de gran rueda delantera con pedales en su eje y por el llamado Paseo de la Sarten, en la Plaza de la Virgen Blanca. A veces, hacían pinitos, arriesgándose por las carreteras o recorriendo las calles de la ciudad, dándose fuertes batacazos al intentar bajar los Cantones de la parte vieja. Se exhibieron también en espectaculares carreras en La Florida, pero pronto se eclipsaron, cediendo el paso a la bicicleta, cuyos piñones multiplicados, permitían aprovechar mejor el esfuerzo. La bicicleta se perfeccionó rápidamente, al aligerarse sus cuadros y adoptarse los neumáticos hinchados con aire, y pronto llegaron a ser instrumento deportivo ideal por la emoción que producía su velocidad creciente, la sensación que daba de peligro y el esfuerzo y habilidad de quien la conducía.

El empleo metodizado de las bicicletas en competiciones cronometradas, no comenzó en Vitoria hasta 1905. A partir de esta fecha, celebráronse carreras de velocidad y fondo en La Florida y en una pista que se construyó en el Prado; o más largas, en circuitos de carretera en los que se empezaba a incluir escaladas en los puertos limítrofes.

Se crean por los años 20, las dinastías de deportistas alaveses. Los Alava, cuya trayectoria deportiva, se remonta hacia 1895, en que Fausto Alava parece que trajo la primera bicicleta, tuvieron como deportista más destacado al incommensurable Emilio, al que mi padre, su tocayo, llamó Buffalo Bill y Nubolari. Y es que en la Olimpiada de Helsinki, después de haber ido él en cabeza, Emilio

quedó el 12 en tiro olímpico (de ahí lo de Buffalo Bill), y como todos los vitorianos sabemos, subió a Urbia, a la Cruz de El Gorbea y por las escaleras de San Miguel en su Citroën (de ahí lo de Nubolari).

En las carreras de La Florida, destacaron Ramón Adarraga y Alejandro Ortíz de Urbina de la generación de Los Koipes, donde estaba también Jacinto Quincoces, el mejor defensa izquierdo del mundo. Sobrino de Jacinto fué Juan Carlos, con quien competimos en atletismo en las pistas de la Sociedad Deportiva Vitoriana y que fué el primer futbolista internacional vitoriano.

De la generación de los Adarraga fué Rafael, nadador, baloncestista y atleta, pero sobre todo, descollaron sus primos de Hernani, que son la primera familia del atletismo en los rankings estatales; dominaron el salto con pértiga, las carreras de medio fondo y vallas y como no, tratándose de atletas completos, el decathlon.

La hija de Alejandro Urbina, fué campeona de España de sky náutico.

Terminando con las dinastías, citaremos a los Lorente: Félix, fué futbolista del Alavés y sus hijos, nadadores del Judizmendi. Juan Ignacio, fué jefe de las expediciones vascas al Everest. Severiano Lorente, hermano de Félix, destacó por su perseverancia, ya que fué capaz de dar la vuelta a España por su cuenta en bicicleta. El que lo hizo de forma oficial, más tarde, fué Vallejo, que además era atleta, dos deportes totalmente incompatibles, pero eso no importaba al bueno de Vallejo, que aunque terminó el último en la primera ronda nacional, engordó tres kilos durante ella. Obviamente, no pedaleó deprisa, pero se alimentó bien.

Otros notables ciclistas fueron los Mingueza, Murua (apodado «badajo» porque su padre tenía fábrica de campanas), Manuel Serdán, luego destacado cronista deportivo.

La asociación de los ciclistas era la «Unión Sportiva Alavesa», que tenía como insignia una estrella roja de cinco puntas, que luego adoptarían las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero lo más curioso, es que en el centro del emblema, que luego sería el soviético, figuraba el anagrama U.S.A., el de United State of America (que respondía a la citada asociación «Unión Sportiva Alavesa»). Teníamos pues, el emblema soviético y el anagrama yanky, unidos en una sociedad deportiva vitoriana. ¡Somos internacionales!

La bicicleta en los años 20, era también, lógicamente, el vehículo utilitario de entonces y mi tío Angel, más modesto que su primo Severiano Lorente en materia deportiva, recorrió toda Alava para realizar sus estudios sobre románico alavés.

Las hazañas de nuestros viejos ciclistas, fueron superadas muy de largo por nuestros ciclistas contemporáneos. Recuerdo a Eduardo Pascual (Copi para los amigos), que en la calle San Antonio, vencía al sprint a los hermanos Vidaurreta y en la de Dato, siendo juvenil de 17 años, vencía nada menos que a los mejores de entonces, que eran Langarica, Delio Rodríguez, Olmos, etc., en aquella prueba ciclista patrocinada por mi amigo Eduardo Sanchíz Bueno, «Gran Premio Fútbol de sobremesa» que era la Vuelta del País Vasco de los años 45, cuando apenas había vueltas ciclistas.

Los nombres de Vélez y Paco Galdós, son todavía recientes y han estado escritos hasta hace poco, por las carreteras alavesas.

El fútbol cuajó como deporte en 1912; la afición al foot-ball, se estableció definitivamente como deporte popular. Sus contiendas regulares, de domingo a domingo, frente a un equipo integrado por soldados del Regimiento de Guipúzcoa, muchos de ellos procedentes de Cataluña, eran presenciados por numeroso público, en Judizmendi o en el Campo de Lacua. No existían localidades, y cada cual, se colocaba donde bien le venía. La prensa empezó a ocuparse de estas competiciones, haciendo reseñas de los partidos y publicando apasionados comentarios en defensa de unos y otros equipos. En «La Libertad» aparecieron relatos de la historia y la evolución del foot-ball y explicaciones de reglas, que el público, todavía no existíamos los forofos, leía con interés.

El deporte espectáculo rey, alcanzó en Vitoria, su cénit a partir de 1927. El Deportivo Alavés eliminaba de la Copa a los dos Atléticos, el de Bilbao y el de Madrid. Eran los tiempos en que se cantaba con propiedad, con música del «Animo pues...», aquello tan conocido de:

—«En los campos vizcaínos el Deportivo gana...»

Subió a Primera División en 1929, con los Beristáin, Ciriaco, Quincoces... Volviéndolo a hacer exactamente 25 años después, en 1954, con los Berasaluce, Sanz, Erezuma, Gorospe (un defensa más ya en las alineaciones), y quedándonos con las ganas 25 años después, cuando todavía había un defensa más. Del trío defensivo, se ha pasado al quinteto con marcador y escoba. El noble equipo albi azul... que a pesar de las ansias del bueno de Alfredo Donnay... no resurge de nuevo otra vez; y es que en Vitoria, no surgen los sucesores de aquellos que ganaban en los campos vizcaínos.

Decía Gregorio Altube en los años 30, tras el derribo del Convento de San Francisco y los triunfos futboleros del Alavés, que Vitoria se estaba pasando de ateniense a espartana. ¿Estará volviendo Gasteiz a ser ateniense...?. Quizás, los que fracasan o fracasamos en fútbol, podamos decir que... no hacemos bien las cosas con los pies... preferimos triunfar con la cabeza.

Acabo de leer en Marca, B.O. del deporte, que el Venecia está en regional y en suspensión de pagos.

Sí, somos muy cultos los vitorianos, con los pies nos salen las cosas muy mal, no sólo con el primer equipo, sino con el aficionados, los juveniles y los que alternan en regional, la misma categoría... que el Venecia.

La historia de la natación de los vitorianos, siendo de mar adentro, en época sin piscinas cubiertas y una única al aire libre, la de Judizmendi, fué realmente meritoria. Se ganaban travesías y campeonatos Vasco-Navarros. Los Zuloaga, Cortázar, Antía y nuestro actual delegado de deportes Txotxe Aberásturi, llevaban al Judizmendi a las más altas cotas del deporte en Euzkadi, cosa que desde los tiempos de Quincoces en fútbol, sólo se conseguiría hasta la época de Ogueta.

El atletismo, deporte rey, tuvo su inicio por los años 20. En el velódromo, mi tío Luis ganó a José Luis Elósegui, que era el campeón de España, en salto de altura. Grandes saltadores los de la familia Elósegui..., porque no se quedó corto (saltando) Joseba Elósegui, en su famoso salto del frontón de Anoeta.

Hasta los años 45, nada de nada en el atletismo vitoriano, y entonces muy poco. Destacaron entonces, Juan Mary Urquiola que fué futbolista del Alavés y Vitoria; Barragán, Juanito Ortega y Celestino González que fué después, concejal gasteiztarra y todavía sigue corriendo en las pruebas para veteranos.

El atletismo vitoriano empezó a despuntar el año 54, a partir de los campeonatos escolares y nuestros atletas eran destacados en el NO—DO, máximo escaparate informativo de entonces. Primero el colegio de los Marianistas, y a continuación, también los Corazonistas, que inferiores en atletismo y baloncesto, fueron casi siempre superiores en fútbol. La llegada a Vitoria en 1956 del entrenador vizcaíno Juanito González Aranguren, hizo que los vitorianos ostentáramos hasta 30 títulos nacionales en campeonatos escolares juveniles, universitarios y absolutos, en unos pocos años.

Hoy el atletismo alavés, gracias a las pistas de tartan municipales, tiene figuras de «elit» en hombres y mujeres. Destacaremos a dos jóvenes promesas ya realidades:

—Maite Zúñiga, con sólo 18 años, es la única atleta de España que roza las mínimas para asistir a torneos europeos.

—Martín Fiz, es el quinto absoluto de cross, especialidad de atletas maduros, y sólo tiene 20 años.

En gimnasia, y también gracias a Juanito González, se consiguieron asimismo varios títulos nacionales, siendo Cecilio Ugarte, olímpico en Munich.

Hoy día, el deporte vitoriano más brillante es la halterofilia, con reciente título nacional absoluto para los halteras alaveses por clubs y Federaciones, el copo completo. Los muchachos de Martín Rodríguez van a organizar, el año próximo, los Campeonatos de Europa que equivalen prácticamente a un mundial.

El baloncesto alavés se dió a conocer públicamente, a través de los colegios, en vísperas de los cincuenta. En los Marianistas se celebraron las primeras competiciones que luego pasaron al frontón vitoriano, donde destacaban Picolo Ezquerro, el hoy Doctor Corral y el hoy Rvdo. Gonzalo Vera Fajardo.

Contendían los juveniles «Marias» con los más maduros hermanos Varela, Antonio y Carlos, Merino, García, San Martín y el polifacético Eduardo González Petite que destacó además en fútbol y en atletismo.

Después, de la mano de Añúa, surgió el Philips, el Vitoria, y al más alto nivel el Kas, y después y hasta ahora, el Basconia. Jesús Llano fué la figura vitoriana y parece que su hijo, hoy en las filas del Valladolid, sigue sus pasos. Si los presupuestos para la próxima temporada cuadran, quizás venga para acá.

Pasando a competencia, de mi competencia profesional, trataré ahora del urbanismo vitoriano.

En el Pregón de Fiestas del año 1975, ya citado, José Miguel de Azaola denunció que en nuestra ciudad, la proliferación de bloques y macizos sin espacios verdes, había roto el equilibrio del que hasta hace 20 años podía presumir. Evidentemente, hoy podemos hablar de la proliferación de jardines que están en la mente de todos.

Felizmente, da inmensa satisfacción verlo y constatarlo; las zonas verdes, los pulmones por donde respira la ciudad, se han extendido con facilidad. Facilidad, por otra parte, que no está encontrando la también necesaria, para mitigar el paro, actividad constructora de viviendas en Vitoria, la ciudad que tiene más suelo vacío y bien urbanizado del mundo. Pero los trámites «burrocráticos» (con dos erres), se van complicando hasta cotas inverosímiles, haciéndose cada vez más difícil poner de acuerdo a todos los Organismos competentes y a los partidos políticos, para conseguir una licencia con su calificación o una habitabilidad con su primera ocupación.

Acabamos de hablar de la enorme reserva de suelo urbanizado que posee nuestra ciudad. Apuntémoslo en el haber, a las gestiones municipales del Negociado

de Urbanismo, que presidía nuestro Alcalde desde hace ya una docena de años. Se ha terminado de una vez con la especulación del suelo y Vitoria puede crecer por encima de los 300.000 habitantes, sin tener que aprobar ningún nuevo polígono, sólo proyecto de edificación.

Sin embargo, está permanentemente pendiente, el tema del Plan General que ha conseguido alguna vez rendir a nuestro Alcalde, según sus propias declaraciones, a pesar de su reconocido tesón.

Y es que es trascendental poner al día el Plan General, que recoja además a las 64 aldeas o núcleos rurales de población, que forman hoy el municipio de Vitoria.

Ya se realizaron aquí Planes Generales, también llamados entonces Proyectos de Ensanche en 1927, y Anteproyectos el 44 y el 47, que no fueron aprobados por Madrid, que nos importó otro mucho peor. Se ha dicho, que del Sur siempre han venido a Vitoria, a parte de muchas cosas buenas, los malos vientos y gobernadores, y añadido yo, peores Planes Generales.

Esto lo han reconocido, en conferencias dadas en nuestra ciudad, urbanistas de la talla mundial de Manuel Solá Morales y Ricardo Bofil. Y es que aquellos Planes, proponían salidas naturales a la ciudad, aportando unas directrices de crecimiento ordenado. Con el Plan madrileño realizado, las salidas de la ciudad son menos naturales y cuando el eslogan turístico decía: «Vitoria bien merece una parada», se le contestó: «Una sí, pero no treinta», aludiendo a lo poco natural del trazado de las salidas de nuestra ciudad y sus implicaciones semafóricas.

También tenía el Plan General vitoriano, una enorme zona verde rodeando el cementerio, lo que hubiese evitado que algunos vecinos y algún destacado político, lo quieran cerrar progresivamente. En nuestro panteón familiar, figura como primera fecha la de 1792, nacimiento de mi tartarabuelo; así que con «el cambio» quieren cortarnos, casi 200 años de la historia de todos los vitorianos, el doble del largísimo campo de esta charla.

Y es que, como dicen J.A. Bueno y Paulino Medina y yo estoy de acuerdo, se hicieron polígonos, primándose los espacios amplios abiertos en aras de una mayor salubridad, pero con el olvido de conformar ciudad alguna, con la consiguiente pérdida de ambiente urbano.

En el período 54-64, se produce la mayor urbanización de la ciudad, es la época de Luis Ibarra, que rima con Gamarra, el magnífico parque municipal deportivo. Vitoria es ya una ciudad ejemplar por sus servicios de infraestructura, cui-

dado de sus espacios públicos, canalizaciones, pavimentación e iluminación de viales, aunque aún a faltas de zonas verdes. Sin embargo, ésta excelente urbanización, no iba acompañada de un «plano» que presentara un modelo de ciudad claro, reconocible, una forma orgánica; más bien presenta, a partir de los ensanches medievales y neoclásico, un crecimiento de forma mecánica y seriado.

Alava tenía, en 1971, el más alto porcentaje de producto industrial y de empleo en el sector industrial de todo el País Vasco, que ya de por sí, estaba sumamente industrializado. Sin embargo, su porcentaje en el sector de los servicios, era el más bajo de todos. Por eso, nos hinchamos de hacer oficinas e instalaciones escolares y deportivas... que eso ya dejan hacer.

Este sector, de servicios, comprende la enseñanza, sanidad, administración, comercio, banca, hostelería, deportes, espectáculos y otras actividades recreativas y culturales.

Y es que, del mismo modo que el mayor empleo en la industria que en la agricultura, redundaba en un aumento del producto, en el sector terciario, o de los servicios, ésta productividad es muy superior. Evidentemente, el sector primario, al que pertenece la agricultura, es el de productividad más baja de los tres en que suele dividirse la actividad económica.

Bilbao tiene una proporción mucho más alta que Vitoria de personas empleadas en el sector de los servicios, ya que en nuestra Ciudad, ésta cifra es todavía baja, alrededor de la mitad de la cifra de San Sebastián. Según los datos aportados en 1975 por el Banco de Bilbao a nivel provincial, se confirma la distribución porcentual apuntada de la población activa vasca por sectores.

Alava va a la cabeza en el sector de la industria con 58,15%, Guipúzcoa y Vizcaya aparecen detrás igualadas con 53,90%, quedando en último lugar Navarra con 43,05%.

Sin embargo, en agricultura Navarra alcanza un 25%, Alava el 14%, Guipúzcoa el 10% y Vizcaya menos que la mitad de Alava con 6,75%.

Por fin, en el sector servicios, va en cabeza Vizcaya con 39%, seguida de Guipúzcoa con 36%, Navarra con 32% y Alava con 27,5%.

Teniendo pues en cuenta, que el sector servicios es el que más influye en la calidad de vida, habremos de concluir en que las dotaciones patentes introducidas en este campo, así como la capitalidad de la Comunidad Autónoma Vasca, repercuten muy favorablemente en el desarrollo de nuestra colectividad gas-taiztarra.

Ya termino; prefiero que mi charla quede un tanto breve y superficial, a que se me pueda achacar el haber sido plumbeo y excesivamente largo; no quiero retrasarme en el final y terminar excesivamente tarde, como le ocurrió a D. Fernando América en su viaje de Ceánuri a Vitoria. Sí, faltan muchas cosas... pero como diría Baltasar de Alcázar en su «Cena Jocosa»... «las ... dan yo me duermo quédense para mañana».

En 1950, José María Iribarren, ¡quién mejor que un navarro para entender los temas alaveses!, describía la personalidad de Vitoria. Creo felizmente, que su descripción podía valer hoy:

—«Otras capitales han crecido en lo material, desmesuradamente, pero han perdido su personalidad, su gracia íntima. Han vendido su alma al demonio del crecimiento y de la expansión. Son ciudades que se parecen todas: iguales a otras muchas, pero que no se reconocen a sí mismas».

—«Igual que en las personas, —continua Iribarren— el alma de las viejas ciudades se amolda al cuerpo. Cuando éste crece desaforada, súbitamente, lo espiritual se diluye y acaba por perderse».

—«En todo es necesaria la medida, y Vitoria no perdió la cabeza. Sigue fiel al carácter aristócrata y culto, gentil y acogedor, que tenía a lo largo del siglo XIX y que la hizo tan grata a todos los viajeros».

—«Ojalá que los buenos vitorianos de hoy, acierten a exaltar el tono amable de su pueblo y el hechizo de su antigua fragancia».

Creo que con todo lo dicho, no se si es mucho o poco, hemos conocido algo más de nuestra ciudad, hemos cumplido pues, la recomendación de los clásicos «Gnovi Seauton» y «Nosce te ipsum» el «conócete a ti mismo». Esperemos que esto nos sirva para defender lo nuestro, una vez conocido y podamos cumplir con el verso, clásico ya nuestro, de Gabriel de Aresti de «Nere aitaren etxea...» «Sí, yo defenderé la casa de mi padre», lo nuestro, lo que nos legaron nuestros mayores.